

DIMENSIONES HUMANAS

(TRILOGÍA)

El ser humano está conformado de naturalezas dicotómicas: La terrenal, la celestial. De tal forma, el hombre siempre tiene hambres duales: Hambre del cuerpo, hambre del alma. Como también siempre se expone a pugnas de acciones opuestas: El bien, el mal. Asimismo, siempre tiene vidas bidimensionales: La real, la ficticia. Por ende, la existencia del hombre siempre navega entre la persona y el personaje, entre la esencia y la apariencia, son las dimensiones humanas.

1.- EL PERSONAJE QUE DESEABA VIVIR

Quimérico Hidalgo no recordaba cuánto tiempo había permanecido en esa dimensión. Pudo haber pasado minutos, horas, algunos días o semanas. Tal vez meses, quizá años. Porque el tiempo resulta ser tan relativo, como infinito resulta el no tiempo.

Se levantó despacio, retrayendo sus piernas hacia él. Con la cabeza erguida tiró para adelante su tórax. En esa acción, y en posición sentada, sintió la liviandad de su cuerpo, lo cual le llamó la atención sobremanera, puesto que su sobrepeso siempre le había causado problemas al levantarse de la cama, al pararse de algún asiento, incluso, al caminar cuesta arriba o al subir por las escaleras.

Empezó a dar unos pasos y tuvo la sensación de no sentir el suelo, como si la ley de la gravitación hubiera desaparecido debajo de él. Sentía que caminaba suspendido como pluma, como marioneta sujeta por enormes hilos invisibles halados por fuerzas etéreas.

Advirtió que un halo fosforescente lo acompañaba en su entorno. A pesar de la fuerte y enceguecedora luz externa, podía divisar objetos que había al frente suyo, sin distinguirlos con precisión.

Desafortunadamente, tampoco reconocía la locación en la que se encontraba. Toda esa atmósfera que respiraba y el escenario que lo rodeaba le resultaban extraños.

Sintió que había sido transportado a una esfera misteriosa, absolutamente ajena a sus conocimientos y dominios.

Trató de recordar cómo había llegado a ese apacible lugar. Se preguntaba en qué se había trasladado. Quién lo llevó ahí, por qué, cuándo. De dónde provenía, hacia dónde se dirigía.

Las interrogantes sucedían vertiginosamente en su interior, como cuando él acosaba a personalidades y a protagonistas de un hecho noticioso con la intención de conseguir la primicia para la emisora radial en la que era un connotado obrero de las comunicaciones.

Empezó a sentirse oprimido dentro de aquel espacio-tiempo, sin espacio y sin tiempo. Sentíase como prisionero de una dimensión fulgurante, fantasiosa, ficticia.

Experimentó angustia y desesperación. La misma que lo atormentó aquella tarde que quedó atrapado por interminables minutos en el ascensor, entre el tercer y cuarto piso de la biblioteca de la universidad donde asistía a un diplomado sobre “Gestión de medios en internet”.

A Quimérico le agradaba la biblioteca por la acogedora atmósfera de sapiencia que encontraba al estar rodeado en un bosque de anaqueles y miles de textos literarios. Además, por la mirada chispeante de aquella joven de aspecto cervantino que lo seducía cual Dulcinea millennial a maduro Don Quijote de épicas épocas, mientras coincidían en el recinto los martes y jueves, y de quien se sentía atraído intensa y platónicamente.

Ese recuerdo le dio la pista para desentrañar el enigma que experimentaba. Se vio rodeado de lexemas y morfemas, de palabras y oraciones, de párrafos y capítulos, atormentado

por complejas estructuras sintácticas y semánticas, adherido a una hoja de papel con una tinta indeleble de la que deseaba no formar parte.

Aspiró profundamente, agudizó sus fuerzas, tomó impulso como si fuera pesista olímpico, hasta lograr levantar la tapa del libro que lo había capturado en ese ficticio espacio, sin saber a conciencia por cuánto tiempo transcurrido ni tanto espacio recorrido.

Cual acróbata circense, pudo dar un salto mortal hasta pisar la superficie exterior y liberarse de aquella brillantez en la que estuvo abducido por la sagaz imaginación de un novel escribiente.

Una refrescante brisa se apoderó de él y cual soplo divino cobró vida.

Al levantarse del sofá en el que habitualmente hacía la siesta cada tarde, volvió a sentir la pesadez de su robusta anatomía. Dirigió sus pasos cansinos hacia el baño para refrescarse del sofocante clima nortino que, a esa hora, lo tenía adormitado, al igual que a miles de habitantes del desierto atacameño, donde pasado el mediodía se ven obligados a hacer un alto en sus actividades cotidianas para esquivar la calor desesperante.

En ese momento, Quimérico Hidalgo comprendió que se había transformado en el *personaje que deseaba vivir*.

2.- ATRAPADO EN LA FICCIÓN

La vida de Bienhechor Contreras era una novela cuyo anónimo autor no tenía la mínima idea de cómo ni cuándo concluirla.

Mientras tanto, en el nada cómodo rol de protagonista, él vivía su ficción con mucho realismo. Deseaba sentirse alguien dentro de aquella ajena y fecunda imaginación. Intentaba cobrar vida propia, se rebelaba en algunos episodios, pero estaba atrapado entre letras, frases

y párrafos. Vivía recluido en una mente creativa, que cambiaba de parecer según el clima o la coyuntura. Que le inventaba personajes en locaciones extrañas, en situaciones asombrosas, en mundos desconocidos, en escenarios increíbles.

Aquel inspirado cerebro lo había convertido en el actor principal, aún contra su propia voluntad. Aunque procurara pasar desapercibido, no lo conseguía. Siempre quedaba expuesto y su nombre saltaba a la palestra. Eso lo agotaba, lo desgastaba.

Le disgustaba mudar con tanta facilidad de héroe a villano, de víctima a victimario, o pasar del éxito al fracaso, sin términos medios.

Anhelaba parecerse a un tipo normal, ni autoflagelante ni autocomplaciente. Solamente deseaba estar seguro de sus actos y sentirse responsable de sus aciertos y sus desaciertos.

Experimentaba lo que habían soportado en épocas pasadas personajes de la envergadura de Alonso Quijano, Hamlet, Aureliano Buendía, entre otras celebridades que colorearon con sus aventuras diversos paisajes. Quienes llenaron miles de páginas gloriosas que dieron la vuelta al mundo en distintos idiomas.

Se sentía un conejillo de indias, una mixtura de inverosímiles personajes.

Sin embargo, él solamente deseaba tener su final propio, ya sea trágico, dramático o cómico. Pero suyo y no de otro.

Conocer en qué terminaría su historia era su mayor aspiración. Aunque eso estaba supeditado al ánimo de su prolífico inventor, salvo que de alguna forma lograra burlar el guion que lo encasillaba al pie de la letra y poder empezar a ser dueño de su vida y conductor de su destino.

Antes que colocaran el punto final a su novelesca crónica, Bienhechor Contreras descubrió que la realidad es una ficción cuando se vive a través de la vida de los demás y no de la suya propia. Borró, entonces, cada capítulo de sus ficticias aventuras. Rompió cada hoja

de su ilegítima semblanza. Se desempolvó de la tinta que lo cubría y optó por escribir de motu propio su auténtica existencia y no continuar *atrapado en la ficción*.

3.- EL OTRO GUIÓN

Soledad Malpartida lo miró con un dejo de sorpresa, sin ocultar sus emociones. Mientras que Casimiro del Alba, al devolverle la mirada, reprimió su ímpetu y sus pasiones. Ambos caminaron desde la nada hacia el todo, y viceversa, con pasos dudosos, pero sin pausa.

Ambos maldecían estar ahí, cautivos de cuartillas foliadas. Refunfuñaban en cada coma. Renegaban en cada punto y coma. Alegaban en los puntos suspensivos.

Para ellos, cada diálogo era el fin del comienzo no empezado de sus vidas no vividas todavía.

El autor que los creó se había equivocado en el desenlace de su historia. La trama era casi perfecta, hasta que intervino con un giro narrativo contrario a lo que ellos sentían, querían y perseguían.

Tanto Soledad como Casimiro deseaban continuar la relación de pareja, sin fricciones ni traumas, sin disgustos ni distanciamientos, sin violencia ni rupturas.

No entendían por qué el guion decía algo distinto a sus mutuos deseos, a sus ansias compartidas, a sus recíprocas pasiones, a sus románticas complicidades.

- “¿Por qué tenía que ser un drama y no una comedia? ¿Acaso es más importante la demanda que la oferta?”. Se preguntaban sin hallar una sensata respuesta que les justificara continuar en ese melodrama hediondo a teleserie turca, machista y misógina.

Súbitamente, Soledad y Casimiro se aferraron a un punto y aparte. Se rebelaron tras el penúltimo acápite.

Empezaron a desandar sus discrepancias, a rebobinar sus desdenes. Retrocedieron hasta el punto exacto de partida y, a estruendosas carcajadas, riéronse del escritor de sus guiones, quien no tuvo más remedio que entender a sus desobedientes personajes y redactar otro final, expulsándolos de su narración por grosera rebeldía.

De esa forma, Soledad y Casimiro empezaron a vivir una historia distinta, como lo habían anhelado en su génesis, cuando fueron inventados de tinta y papel, hasta que sintieron que eran de carne y hueso, que experimentaban deseos, esperanzas, pensamientos y sentimientos propios.

Tal como crearon a Adán y Eva, de arcilla y soplo, hasta que descubrieron que, también, estaban formados de carne y hueso, de afectos y tentaciones, de sueños y pasiones, de curiosidad y sexualidad. Hasta que cometieron el pecado original de la desobediencia, echándolos su creador del paraíso terrenal por la humana osadía de optar por *el otro guion*.